

Ocaso en la Patagonia

Los "señores del oro blanco" se extinguen

La Patagonia cubre un tercio de la superficie de Argentina pero acoge sólo a 5% de su población. En este paisaje adusto, seco y ventoso encontramos un horizonte infinito sólo interrumpido por las estancias de los enormes latifundios propiedad de los "señores del oro blanco". Esta es la historia de un modo de producción al que la globalización y el turismo de masas han puesto fecha de caducidad.





Sólo en la Patagonia encontramos 17.000 millones de cabezas de ovejas lanares, lo que la sitúa como séptima potencia de producción ovina al mundo. Los ovinos pastan en un espacio casi infinito: 900.000 km², 2500 km de norte a sur, del río Colorado a Cabo de Hornos. Las estadísticas dicen que por aquí encuentras a un hombre por km², una densidad similar a la de Mongolia, una llanura interminable solamente interrumpida por las alambradas de las estancias dedicadas a la industria ovina.

Esta es la historia de aquellos trabajadores que todavía sobreviven a unas duras condiciones laborales determinadas por el clima extremo del sur de la Patagonia pero también por las relaciones impuestas por la economía globalizada. Gran número de obreros rurales compuesto por hombres procedentes del Sur como de la vecina república de Chile, con una gran resistencia para el trabajo y habituados a múltiples privaciones, llegan a la Patagonia argentina con el propósito de economizar lo necesario para regresar a sus hogares con algunos centenares de pesos argentinos.

Cuando el invierno acaba, los esquiladores llegan atravesando grandes distancias en una travesía que dura semanas siguiendo el perezoso paso de los bueyes y acampando al raso en las frías noches de esta tierra donde sopla continuamente el viento del oeste a 80 km por hora. El invierno ha pasado y el manto blanco que cubría los campos ha desaparecido. Las pampas empiezan a teñirse de verde y en ellas pastan las ovejas flacas, todavía extenuadas por los rigores de la estación pasada.

A menudo se puede ver a los ovejeros con sus perros levantar a los animales caídos que no pueden incorporarse por sí mismos a causa de su adelantado estado de preñez y del gran peso de la lana con el que cargan. En noviembre la población ovina casi ha doblado, y en las estancias todo está a punto para que los trabajadores que han venido desde muy lejos empiecen su faena.

El trabajo comienza al amanecer en los galpones de esquila en torno a la figura del esquilador donde se forman las “comparsas” de 16 a 20 personas, cada una con una tarea específica, trabajadores que parecen haber salido de una escena donde el tiempo se detuvo para siempre.

Cada uno detenta una tarea específica: *El Capataz* es la figura más importante en las faenas rurales, su labor es tan técnica como administrativa, una tarea que suelen llevar a cabo

trabajadores escoceses, australianos y españoles. Los *esquiladores* son contratados directamente por los propietarios de las estancias ("estacioneros") y es el *Contador de Esquila* quien les asigna el número de ovinos a esquila. El *capataz de ovejeros* suele estar presente únicamente en las estancias de mucha importancia, pertenecientes a sociedades anónimas, que son regentadas por un administrador. Su misión consiste en vigilar y dirigir la peonada durante los rodeos y arreos.

Fuera de las estancias, los *ovejeros* de gran resistencia física y un carácter especial, son las figuras principales de las faenas rurales en los campos patagónicos. Recorren el campo, cuidan de las majadas, cuerean los animales muertos y ayudan en los rodeos y arreos. Pasan días aislados en las pampas inmensas y solitarias acompañados de sus fieles e inseparables perros.

Por último, encontramos a los *carreteros* que son contratados una vez finalizada la esquila para llevar el producto a los puertos de embarque y llevar mercaderías para el consumo de las estancias. Terminado el trabajo de selección de la lana, los *preñeros* deben preparar los fardos de 200 kilos y controlar las prensas.

La dura jornada de trabajo está dividida en "cuartos" y la tarea se ve interrumpida para el descanso y la alimentación cada dos horas y cuarto. Los sueldos que ganan dependen de las atribuciones que tienen y de la importancia de los establecimientos en que actúan, pero la retribución habitual suele ser de unos 2 euros/hora. Cobran de golpe al finalizar la temporada, con retrasos y demoras entre contratistas y productores que van más allá de los 90 días. Puede suceder que un trabajador cobre con un año de retraso.

Las condiciones en las que las comparsas habitan algunas estancias tampoco son las mejores: carecen en gran parte de las normas básicas de higiene y comodidades mínimas, que se mantienen aún hoy a niveles similares a los presentes a los inicios de la actividad, hace más de un siglo. Desde 1994, existen identidades y programas nacionales que supervisan conjuntamente con los gobiernos provinciales el proceso de producción para evitar abusos.

En esta tierra donde antes se presumía de ser los "señores del oro blanco", las nuevas vías de comercio, la aparición de nuevos textiles y, en definitiva, todo el cambio a nivel de producción que ha supuesto la globalización para las tareas artesanales, ha provocado la parcelación de las tierras y el cambio de intereses.



Los nuevos patrones de la Patagonia especulan soñando que el “sur del sur del mundo” podría ser mañana un lugar sin contaminación y de alto valor rentable. Mientras tanto estas llanuras continuarán siendo gobernadas por los "capataces" y los "ovejeros". Nadie sabe si su leyenda desaparecerá al mismo ritmo que las estancias ceden paso a los numerosos Bed & Breakfast.

DESPIECE

Un hilo de historia

Hasta el siglo XIX, la Patagonia permaneció al margen de la economía mundial, la Revolución Industrial cambiaría el contexto. El Reino Unido, lanzado a la producción textil a gran escala, necesitaba gran cantidad de materia prima, lanas que Europa no estaba en condiciones de producir.

El 1833, Inglaterra desembarca en las Islas Malvinas (Falkland Islands) buscando un puerto de apoyo en la ruta hacia el Pacífico, y paralelamente, los británicos descubrirían que aquellas tierras patagónicas eran óptimas para la cría de ovinos y así llegarían, algunos años más tarde, los primeros aventureros que darán comienzo a las explotaciones ganaderas patagónicas. Ingleses, galeses, escoceses, alemanes iban a iniciar la epopeya de los “Señores del oro blanco”. Hasta principios de 1900 los precios de la lana bien justificaban el apelativo de “oro blanco” ya que, junto al algodón y al lino, eran las únicas fibras textiles existentes. Cuando las compañías laneras abandonaron la región, éstas pasaron a manos de sus administradores, quienes controlaban el 75% de la producción agrícola y ovina de la región, la riqueza quedaba pues en manos de unas pocas familias, herederas de los poderosos "barones" de finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Pero nada es para siempre y la prosperidad de los "Señores del Oro Blanco" tenía fecha de caducidad. A principios del siglo XX, aparecieron nuevas fibras textiles artificiales, nuevos focos de gran producción lanar (como Australia) y el comercio internacional cambió con la apertura



del Canal de Panamá (1917). Todo esto hizo que el valor estratégico de la Patagonia decreciera y con ella el valor de unas estancias que no se habían preocupado en renovarse.

La sequedad de la zona, los fuertes vientos, la masiva explotación ganadera lanar durante casi un siglo sumadas a la desertificación del suelo, hizo que más de un 30% de los establecimientos abandonaran la actividad, concentrando hoy la producción en las provincias de Chubut y Santa Cruz.

La Patagonia Austral comenzó su mutación con la llegada de los intereses extranjeros, con la introducción de las nuevas técnicas en la crianza de ovinos, sumadas a la explotación del petróleo y las riquezas minerales. En un contexto de globalización de los mercados productivos agropecuarios, centenares de trabajadores representan aún hoy el símbolo de la producción ovina en Patagonia, con un promedio máximo de ocupación de seis meses al año. Los cambios tecnológicos y técnicos impulsaron la exclusión de los antiguos esquiladores, conjuntamente con el reemplazo de las tijeras manuales por las máquinas, un proceso que generó la exclusión de algunos trabajadores que no pudieron “reconvertirse”.

<http://www.agenciazoom.com/web/reportajes/ocaso-en-la-patagonia/>